



provincias. En suma, tras el ministerio Calatrava vinieron el de Ofalia, el del duque de Frias y luego el de Perez de Castro, moderado, sin que ninguno de ellos pudiese marchar en paz con las Cortes, ni acertarse á dominar los sucesos. Mas en tanto que el poder civil se desautorizaba, el militar se le iba adelantando. El ejército de reserva, creado en 1838, y puesto á las órdenes del general D. Ramon María Narvaez, ó como una necesidad de la guerra, ó como un contrapeso al jefe del ejército del Norte, y el manifiesto del Mas de las Matas de Espartero de principios de 1840, fueron la señal de que el poder civil iba á ser sustituido por el militar.

En efecto, presentados varios proyectos de ley en las Cortes de ese año, discutidos y aprobados entre otros el de ayuntamientos, este levantó mucha oposicion dentro y fuera de las Cortes. Coincidió esto con la ida de la reina gobernadora á Barcelona, y consultando allí con el general Espartero sobre la gravedad de la situacion política, este le aconsejó el cambio de ministerio y la no sancion de la ley de ayuntamientos. La reina admitió lo primero, mas no lo segundo. En tanto, la agitacion crecia en todas partes, y en todas estalló en motines, asonadas y pronunciamientos. En Madrid el 1.º de Setiembre. Por haber estallado tambien en Barcelona, la reina se fué á Valencia. Manda á Espartero desde allí que vaya á sofocar el pronunciamiento de Madrid, y se niega y se une á las Juntas, dando con esto fuerza á la insurreccion, y viéndose obligada la reina gobernadora á renunciar la regencia y embarcarse para Francia.

Una vez fuera del reino doña María Cristina, la Junta de Madrid se constituyó en gobierno provisional, nombró un ministerio-regencia, que convocó las Cortes para nombrar una regencia permanente. Las Cortes se reunieron; las discusiones sobre la regencia fueron vivísimas y apasionadas. Los diputados, progresistas casi todos, se dividieron en trinitarios y unitarios, esto es, en regencia de tres ó de uno. Votaron 157 por la regencia de uno, y 136 por la de tres. Los mismos acalorados debates y la misma division hubo con respecto á designar la persona para regente. Por Espar-

tero votaron 179, y 103 por Argüelles. Las Cortes que se reunieron despues de establecida la nueva regencia, declararon vacante la tutela, y la confiaron á D. Agustin Argüelles, y votaron asimismo varias leyes sobre diezmos, desamortizacion, mayorazgos y capellanías.

El gobierno del regente no se afanzaba; era cada dia más hostilizado, porque se limitaba, decian sus enemigos, á gobernar en el estrecho y mezquino círculo de un partido, el anglo-ayacucho. Ello es que desde el 7 de Octubre de 1841 hasta las palabras *¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la reina!* con que concluyó su discurso el diputado Sr. Olózaga, en Mayo de 1843, y á las que se siguió el pronunciamiento, no se cortaron los sublevaciones. Las hubo en Pamplona, en Bilbao, en Zamora, en Madrid, y sobre todo en Barcelona, Figueras, Girona y otros puntos. De ellas, unas fueron sofocadas en seguida, porque siendo insurrecciones puramente militares, no las ayudó el pueblo y quedaron aisladas. Otras, como la de Barcelona, fueron sofocadas con estados de sitio y bombardeo. La coalicion de todos los partidos que se formó contra el regente fué tan compacta, y la insurreccion que se siguió tan general y formidable, que Espartero se vió precisado á dejar á Madrid, y sin poder hacer pié en ninguna parte, presentarse delante de Sevilla, que le cerró sus puertas, en tanto que Aspiroz organizaba una division en Castilla, Narvaez otra en Valencia, y que Concha, tomando el mando de las tropas de Andalucía, iba en su persecucion, haciéndole embarcarse á toda prisa en Cádiz para Inglaterra el 10 de Julio de 1843. Las divisiones de Seoane y Zurbano, que se habian mantenido fieles al regente, al avistarse en Ardoz con las tropas de Narvaez, se unieron á estas por capitulacion, y juntas entraron en Madrid, donde desarmaron la Milicia Nacional, que lo fué en seguida en toda España.

La coalicion contra Espartero, compuesta de moderados, exaltados y carlistas, fué pasajera. Los levantamientos centralistas de Barcelona, Girona, Figueras y Leon, la caída del ministerio Lopez, y la corta duracion del de Olózaga, anunciaron el descontento de los exal-



tados, y que quedaban ya, no sólo fuera de la situacion, sino que se declaraban ya sus enemigos aun fuera de la ley. Así lo prueban el levantamiento de Zurbano, los pronunciamientos de Marzo y Abril en Galicia, que sofocaron completamente Villalonga y Concha. Entre tanto, las facciones que aparecieron en el Bajo Aragon, que cesaron con la esperanza del casamiento, sostenido por el inmortal Balmes de la reina con el conde de Montemolin, en quien D. Carlos acababa de hacer renuncia de sus derechos al trono, y que cuando estas esperanzas se frustraron, aparecieron de un nuevo modo alarmante, revelaron tambien que, no obstante la coalicion de 1843, el partido carlista seguia pensando lo mismo que antes respecto de la cuestion dinástica. La situacion vino, pues, á ser completamente moderada, como lo habia sido la coalicion en su mayoría. Y el poder, despues del ministerio Gonzalez Bravo, vino á parar tambien al hombre que personificaba en primer término la victoria de la coalicion de 1843, al general Narvaez.

El partido moderado, con las Cortes, con el ministerio Narvaez y los que le siguieron, reformó la Constitucion de 1837, publicó las leyes orgánicas, suprimiendo en los cuerpos populares el elemento político y dejándoles el administrativo; creó los Consejos provinciales y el Consejo real, reformó el sistema tributario, suspendió la venta de bienes del clero y comenzó á negociar con la Santa Sede un concordato, instituyó la Guardia civil, y organizó la enseñanza con la publicacion de un plan general de instruccion pública. Es decir, que el partido moderado, con arreglo á sus principios, planteó un sistema de gobierno. Pero ni esto, ni el ser declarada la reina mayor de edad, como lo habian hecho las Cortes de 1844, ni su casamiento en 1846 con el infante D. Francisco de Asís Borbon, y el de la infanta doña Luisa Fernanda con el duque de Montpensier, hijo menor de Luis Felipe, nada bastó para consolidar el orden político. El partido moderado, hasta entonces compacto, se divide, y el ministerio Pacheco, con los puritanos, forma la primera desmembracion. Los puritanos dieron

una amnistía, por la que volvió á España el duque de la Victoria. Al mismo tiempo, el general Concha entró con un ejército en Portugal, donde los exaltados y miguelistas ponian en grande aprieto á la reina doña María de la Gloria. La España, en union con Inglaterra y Francia, apaciguaron este país, marchando despues parte de nuestras tropas á sofocar las facciones de Cataluña.

El ministerio puritano es reemplazado por Narvaez otra vez. Narvaez sofocó los movimientos de 26 de Marzo y 7 de Mayo de 1848, promovidos, se dijo, por los manejos del embajador de Inglaterra. En ellos aparece por primera vez, y como un nuevo elemento de lucha, el partido democrático. El embajador inglés, Mr. Bulwer, recibió los pasaportes para salir de la Península, en tanto que la conducta del gobierno hacia que fuese reconocida doña Isabel II por la Cerdeña, Toscana, Austria, Prusia y otros Estados. Al mismo tiempo que se realizaban esos reconocimientos, el ministerio de Narvaez enviaba una expedicion á Italia para restablecer á Pio IX en Roma. Con la ida á Cataluña del general Concha, el año siguiente decaen las facciones, más que por falta de espíritu, de valor y de jefes, por falta de recursos. Todo parecia que aseguraba á Narvaez la permanencia en el poder; pero su reemplazo enteramente de improvisó por el ministerio Cleonard-Balboa, que sólo duró veinticuatro horas, anunció que ni él habia echado raíces, ni la cuestion política estaba resuelta. Vuelto Narvaez al poder, dentro del mismo ministerio nació una oposicion, que creciendo en las Cortes y fuera, y ganándose la opinion pública bajo el lema de *moralidad y economías*, se hizo dueña de la situacion por medio de su jefe el Sr. D. Juan Bravo Murillo. Este ministro celebró un concordato con la Santa Sede, arregló la Deuda, y sin ruido y sin alarde, contuvo la anarquía que nos venia devorando desde 1833, é inutilizó el poder militar que nos consumia desde 1840; mas se dijo que por abrigar el pensamiento de reformar la Constitucion cayó del poder, y la cuestion política quedó pendiente. Y desde entonces, no habiendo subido ya al poder los partidos, sino las



fracciones de esos partidos, no ha habido ministerio posible.

Después de los ministerios Roncali, Lersundi y Sartorius, y á consecuencia de una discusión acalorada en el Senado sobre la cuestión de ferro-carriles, se formó una nueva coalición, que luego tomó el nombre de la *union liberal*. Con ella vino el movimiento del Campo de Guardias y el general O'Donnell; luego la revolución con Espartero, la Milicia Nacional, las Cortes constituyentes, las leyes de desamortización, el conflicto de 1856 para caer Espartero y quedar O'Donnell con su partido dueño de la situación. Y reemplazado este por el general Narvaez otra vez, y vuelto otra vez también, al fin el general D. Leopoldo O'Donnell consiguió gobernar desde 1858 hasta 1863, habiendo tenido lugar antes, el 23 de Noviembre de 1857, el nacimiento del príncipe D. Alfonso.

Durante el gobierno del general O'Donnell ocurrieron los sucesos siguientes: la guerra de Marruecos, gloriosa para España, porque en el interior manifestó que somos un pueblo en que se conservan arraigados el espíritu nacional y el desinterés, y porque en el exterior nos ha dado á conocer nuevamente á la Europa como pueblo aguerrido, sóbrio, disciplinado y valiente. El principal hecho de armas fué la toma de Tetuan, celebrado en toda España con un entusiasmo indescriptible. A los dos meses poco más se hicieron las paces por el tratado de Gualdrás en 1860, entrando por condicion abandonar á Tetuan.

Bajo su mando se incorporó á España la isla de Santo Domingo, verificándose á fines de ese mismo año la expedición de nuestras tropas á Méjico á las órdenes del general Prim, en union con Francia é Inglaterra, en virtud del tratado de Londres; expedición sin resultado por haberse separado nuestro ejército y el inglés, del francés, que, en contra de lo convenido, aspiraba á obrar por su cuenta, apoderándose del país para establecer un gobierno.

Durante el gobierno del general O'Donnell, creció la riqueza pública y se aumentaron las líneas telegráficas y férreas.

Causas poderosas, que en su día analizaremos, provocaron la revolución de 1868 y el

destronamiento de Isabel II, atravesando España por amargas vicisitudes de anarquía y trastornos desde entonces al presente.

Al par de los grandes y trascendentales acontecimientos de la época revolucionaria que dejamos apuntados, Europa y América nos presentan en este siglo XIX luchas sin cuento, sostenidas por los sectarios del error y de la masonería contra los dogmas y el principio de autoridad, dirigiendo sus miradas y la afilada punta de sus piquetas contra los altares y los tronos.

Ni concordatos, ni misiones, ni propaganda científica en América, en Bélgica, en Portugal, en España, en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Austria, en Baviera y en el alto Rhin, han bastado á contener el malhadado influjo de las sectas político-filosóficas; en todas partes se ha dejado sentir su perniciosa acción, despojando á la Iglesia de sus legítimas propiedades, desheredando á los hijos del pueblo de su grandioso patrimonio de protección espiritual y moral, á la sombra de instituciones de virtud, de ciencia y de verdadero progreso, que Europa no puede ménos de recordar, cuando ya no ha quedado piedra sobre piedra de aquel magnífico cuadro de la Edad Media, destrozada por la impía, sacrílega y tiránica mano de los obreros de la falsa doctrina revolucionaria. Bibliotecas, obras de artes, hospitales, templos, universidades, colegios, todo ha desaparecido, y en vano el pueblo, obligado por doctrinas de mentida libertad, busca alivio á sus pesares, llévánle sus desventuras á la realización de las más locas teorías-comunistas y socialistas, puestas por obra en momentos supremos en algunas regiones del Occidente, en época memorable para los tristes destinos de Francia y España, que purgaban sin duda su extraviada dirección social, llamada hoy para tan grandes fines, que quién sabe si está próxima la hora de la resurrección moral del imperio de Carlo-Magno.

Ante las numerosas necesidades morales de una época tan rica en progreso material, en obras y movimiento industrial, económico y mercantil, como pobre en ciencias y virtudes, el sábio, el virtuoso, el inmortal pontífice Pio IX, lleva á cabo reformas y medidas, que admira-



rán el mundo venidero y harán que su reinado figure en la historia como uno de los más gloriosos pontificados.

La acción del cristianismo en esta época revolucionaria, como en todas, es la única esperanza para el ánimo pensador; es la única estrella que señala el horizonte del porvenir social, sin cuya luz no alcanza á vislumbrarse sino anarquía, despotismo y barbárie, negación patente de todo lo grande, de todo lo bueno, de todo lo bello y de todo lo santo.

El camino que acabamos de recorrer ha sido largo en verdad; pero téngase en cuenta que el llamado estudio de las introducciones, así en la Historia como en las demás ciencias, constituye en el siglo XIX el elemento más terrible de que se sirve el error para compendiar sus doctrinas; razón que nos ha impelido á sintetizar los grandes hechos de la vida de la humanidad, bajo aquel criterio que tanto enaltecen las cristianas consideraciones de Bossuet, Balmes, Alzog y Rorbacher, á cuya sa-

na exposición hemos acudido como á fuentes de preciosos manantiales, á fin de ofrecer á la juventud española, de la que aún formo parte por mi edad, por mi entusiasmo, por mis afecciones y por mis esperanzas, un programa de la ciencia.

Las azarosas complicaciones de la edad en que vivimos, la falta de aquel tranquilo reposo de los solitarios claustros de los benedictinos, los esfuerzos aislados, la inmensidad de la obra, la vasta extensión que hoy abraza la ciencia histórica y la premura de la publicación, que apenas da tregua á ordenar mis trabajos, serán motivos bastantes á disculpar en alguna manera lo atrevido de mi propósito. Así lo espero confiadamente de la sábia crítica, la que á su vez no debe olvidar mis primeras palabras: «Me propongo, dije, ser el obrero cristiano de la Historia en la época presente;» no faltará en lo porvenir un genio que preste á mis humildes materiales algo de ese sello majestuoso que sabe imprimir á todo cuanto toca.

HISTORIA UNIVERSAL

EPOCA PRIMERA

I.—LA CREACION

Años antes de J.-C., 4004 á 2348.—De la Creacion. 1 á 1656

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

La creacion del mundo y del hombre

FUENTES.—Antiguo Testamento.—Historia de Rohbacher, tomo I

La Creacion es el más grande de los hechos que comenta la Historia: como dogma sublime, admira al creyente y al pensador; como primer momento de todo lo creado, es el punto de partida de todas las ciencias; como hecho histórico, es la primera y más brillante página de los anales del mundo (1). La ciencia moderna combate sin tregua esta primera relacion de lo creado, y es sin duda nuestro deber, en tan importante materia, señalar con alguna extension y detenimiento la historia de esta primera época.

La Creacion es la primera y más grande manifestacion de Dios en la Historia; es la primera palabra de la vida, es el primer fundamento de la ciencia: sin el dogma de la Creacion, no son posibles ni la vida, ni la ciencia, ni la Historia.

(1) Véase nuestro Discurso.—Pág. 198.

El mundo no existía; una sola palabra de la omnipotencia infinita bastó para que un mundo inmenso y gigantesco se ofrezca en el espacio: informe, invisible y confundido aparece; densas tinieblas cubren la faz del abismo, el caos; mas el espíritu de Dios se cierne sobre las aguas, como paloma que aletea sobre sus tiernos polluelos acariciándoles sin tocar sus blancas plumas, y ese ósculo divino de lo infinito crea la luz, los mares, la fecunda tierra, las hermosas luminarias, las estrellas, las plantas, los animales, y el hombre; y el nuevo mundo creado gira en el espacio con orden y regularidad admirables.

Los primeros que fueron llamados á esta creacion divina, fueron los ángeles; mas estos, sometidos á prueba como nosotros, permanecieron fieles muchos de ellos, y otros se rebelaron contra el Hacedor. Dios crió el cielo y la tierra con su palabra, é hizo al hombre á imá-